

Entre los poetas míos...



Manuel Scorza

CON el título genérico “Entre los poetas míos” venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, con diversas denominaciones (“poesía social”, “poesía comprometida”, “poesía de la conciencia,...) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes. Se trata, en fin, de una poesía, rebelde, teñida por el compromiso ético de sus autores.

Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes. Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.

La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.



Entre los poetas míos...

Manuel Scorza

1928 - 1983

Poeta, novelista y editor peruano nacido en Lima el 9 de septiembre de 1928. Es uno de los más altos narradores perteneciente al indigenismo peruano, junto con sus compatriotas Ciro Alegría y José María Arguedas

Tras realizar sus primeros estudios en Acoria, y culminar su formación escolar en el Colegio Militar Leoncio Prado, en 1945 ingresó a la Universidad Nacional de San Marcos a la vez que iniciaba una etapa de febril actividad política. En 1948, con veinte años de edad, hubo de exiliarse a México tras el golpe de estado del general Odria. Allí publicó su primera obra importante, "Las imprecaciones".

Diez años después, pudo regresar a Lima donde continuó su carrera literaria como poeta y novelista, sin olvidarse de su lucha por los derechos sociales de los indigenistas. En 1970 tuvo que seguir nuevamente el camino del exilio, estableciéndose en París, donde trabajó como lector de español en la "Ecole Normale Superieure de Saint Cloud".

En el campo de la narrativa Escorza tocó en profundidad los problemas del Perú profundo, con un conjunto de novelas (*Redoble por Rancas*, *La balada*, *La guerra silenciosa*, etc.), muchas de las cuales han sido traducidas a más de cuarenta idiomas.

Obtuvo el premio de los "Juegos Florales de la Universidad Nacional de México" y el "Premio Nacional de Poesía Peruana" en 1956.

De su obra también deben mencionarse "Los adioses" (1959), "Desengaños del mago" (1961), "Poesía amorosa" (1963), "El vals de los reptiles" (1970), "Poesía incompleta" (1970), "La danza inmóvil" (1983) y "Obra poética" (1990).

Su vida quedó cegada el 28 de noviembre de 1983, en accidente de aviación, al estrellarse el aeroplano en que viajaba cerca del aeropuerto madrileño de Barajas.



Alta eres, América

Alta eres, América,
pero qué triste.
Yo estuve en las praderas,
viví con desdichados,
dormí entre huracanes,
sudé bajo la nieve.
¡En tu árbol
sólo he visto madurar gemidos!

Alta eres, América,
pero qué amarga,
qué noche,
qué sangre para nosotros.
Hay en mi corazón muchas lluvias,
muchas nieblas, mucha pena.
La pura verdad, en estas tierras
golpean a los hombres hasta sacarles chispas,
y uno, a veces,
con sólo mirar envenena el agua.

Alta, tierna, bella eres,
mas yo te digo:
¡no pueden ser bellos los ríos
si la vida es un río que no pasa!
¡Jamás serán tiernas las tardes,
mientras el hombre tenga que enterrar su sombra
para que no huya agarrándose la cabeza!

Entonces
¿de dónde trajeron
los poetas la guitarra que tocaban?
Te conozco:
dormí bajo la luna sangrienta,
despintaron mis ojos las lluvias;

el cruel atardecer
me dio su enredadera de pájaros violentos;
en salvajes llanuras
desejé implacables tinieblas,
en las casas entré y en las vidas,
pero jamás miré sonrisas habitadas.

¡Ay, tu corazón al fondo de la noche!
Ya fui lo que seré y todo ha sido sangre.
Ya se quemó el pez en las sartenes.
Ya caímos en la trampa.
Por favor, ¡abran las ventanas!
Aquí el pájaro no es pájaro
sino pena con plumas.

De: Las imprecaciones

América, no puedo escribir tu nombre sin morirme...

América,
no puedo escribir tu nombre sin morirme.
Aunque aprendí de niño,
no me salen derechos los renglones;
a cada sílaba tropiezo con cadáveres,
detrás de cada letra encuentro un hombre ardiendo,
y no puedo ni cerrar la *a*
porque alguien grita como si se quedara dentro.

Vengo del Odio,
vengo del salto mortal de los balazos;
está mi corazón sudando pumas:
sólo oigo el zumbido de la pena.

Yo atravesé negras gargantas,
crucé calles de pobreza,
América, te conozco,
yo mismo tendí la cama
donde expiró mi vida vacía.

Yo tenía dieciocho años
yo vivía
en un pueblo pequeño,
oyendo el diálogo de musgo de las tardes,
pero pasó mi patria cojeando,
los ahogados empezaron a pedir más agua,
salían de mi boca escarabajos.
Sordo, oscuro, batracio, desterrado,
¡era yo quien humeaba en las cocinas!

¡Amargas tierras,
patrias de ceniza,
no me entra el corazón en traje de paloma!
¡Cuando veo la cara de este pueblo

hasta la vida me queda grande!

¡Pobre América!

En vano los poetas
deshojan rruiseñores.

No verán tu rostro mientras no se atrevan
a llamarte por tu nombre, ¡América mendiga,
América de los encarcelados,
América de los perseguidos,
América de los parientes pobres!
¡Nadie te verá si no deshacen
este nudo que tengo en la garganta!

De Las imprecaciones, 1955

Amigos

Amigos, aunque os golpeen,
aunque vengan días sucios,
jamás perdáis la fe,
aunque yo mismo os ruegue de rodillas,
no me creáis,
amad la vida,
¡guardad rocío
para que las flores
no padezcan las noches canallas que vendrán!

(Fragmento de : Voy a las batallas)

Años de los castigos

¡Años de los castigos!
¡Años de las prisiones!
¡Años que se comieron las arañas!
No tuve paz,
ni dónde reclinar la cabeza.
Los trenes me llevaban,
entraban a las tumbas,
cruzaban los infiernos,
mas mi corazón salía
de los hornos tiritando.

¡Años de los perseguidos!
¡Años de los flagelados!
¡Años como ratas echadas a morir!
Como piedra atravesé la vida,
las miserias, las prisiones,
anduve por los pueblos,
llegué a la comarca
donde el pan sólo se viste de fantasma.

Desde casas vacías,
desde catres solteros,
desde trajes gastados y pálidos deudores,
desde domingos sin nadie con quien pasear,
vengo diciendo que los hombres sufren,
las aguas sufren, las camas sufren.

A verme vienen quejándose las tardes,
las piedras quieren que cuente las pisadas,
el túnel tiene hinchado su único ojo,
toca el gallo su corneta lastimera.
¡Oscura es la vida,
la tierra sólo sirve para enterrarnos!

De Las imprecaciones, 1955

Canto a los mineros de Bolivia

Hay que vivir ausente de uno mismo,
hay que envejecer en plena infancia,
hay que llorar de rodillas delante de un cadáver
para comprender qué noche
poblaba el corazón de los mineros.

Yo no conocía
la estatura melancólica del agua,
hasta que una tarde, en el otoño,
subí a El Alto, en La Paz,
y contemplé a los mineros ascendiendo al porvenir
por la escalera de sus balas fulgurantes.
¡Cómo olvidar a los obreros
luchando por la vida en los fusiles!
¡Cómo olvidar a los ausentes
combatiendo, de memoria, en los suburbios!

Miré sus casas
edificadas sobre el trueno,
entré a sus vidas como al carbón ardiendo,
toque sus cuerpos
capaces de contener odio y relámpagos,
cuando era todavía la edad inclinada de sus frentes

Yo fui a Bolivia en el otoño del tiempo.
Pregunté por la Felicidad.
 No respondió nadie.
Pregunté por la Alegría.
 No respondió nadie.
Pregunté por el Amor.
 Un ave
cayó sobre mi pecho con las alas incendiadas.
Ardía todo en el silencio.
En las punas hasta el silencio es de nieve.

Comprendí que el estaño
era
una
larga
lágrima
petrificada
sobre el rostro espantado de Bolivia.
¡Nada valía el hombre!
¡A nadie le importaba si bajo su camisa
existía un cuerpo, un túnel o la muerte!

En vano cavaban los mineros
tratando de enterrar su gran fatiga;
durante siglos buscaron sus ojos ciegos en el metal,
sin saber que en la altura el llanto era neblina.
¡No haberlo sabido me avergüenza!
Porque en las ciudades los poetas
lloran la ausencia nostálgica del aire,
pero no saben lo que es vivir bajo la lluvia,
confundiendo el hambre con la sed,
y la sed con un pájaro pintado.

Yo fui uno de ellos.
Yo no sabía por qué los ríos
se secan en el sueño
y ciertos rostros en los Andes
son puras miradas melancólicas.
Hasta que los mineros,
cansados de tener una sola vida para tantas muertes,
domesticaron truenos,
nutriéronse de piedras,
bebiéronse las lluvias,
rompieron con sus manos la jaula de la vida.

En La Paz.
Era otoño.
Recordadlo.

Era otoño.
Velad por los mineros -recordadlos-.

La sangre derramada
-era otoño-
es el oído secreto de la tierra
-en el otoño-
y a través de su silencio
-era otoño-
descifra la raíz el idioma futuro de las flores
-en el otoño-
y el aire siente que su cuerpo
-era otoño-
acaba en verde campanada.
Recordadlo.

Ya lo veis desde la altura.
Aquí empieza
la dinastía sucesora del rocío.
A mi patria rota me voy.
Mas antes de partir, decidme, mineros:
¿Cuándo veré esta luz en los ojos de América?
¿Hasta cuándo jugarán los dados
la túnica sangrienta de mi patria?

Oh, hermanos, ruisseños verdaderos del metal,
¡prestadme vuestra muerte para edificar la vida!

*De: "Poesía de América"
México, abril, 1952.*

El desterrado

Cuando éramos niños,
y los padres nos negaban
diez centavos de fulgor,
a nosotros nos gustaba
desterrarnos a los parques,
para que viéramos que hacíamos falta,
y caminaran tras su corazón
hasta volverse más humildes
y pequeños que nosotros.

¡Entonces era hermoso regresar!

Mas con el tiempo
encallan de verdad los barcos de juguete
atavesamos túneles, deudas, años.
y son las tres de la tarde
y el sol no calienta la miseria.

Un día, un impresor misterioso
pone la palabra “tristeza”
en la primera plana de los periódicos.
y caminando comprendemos
que estamos en una cárcel de muros que se alejan...

Y es imposible regresar.

De “Las imprecaciones, 1955

El mendigo

El Rey,
 incendiado en oro,
sus imperios galopa,
y siente el levísimo crujir de las genuflexiones
a su paso fulgurante.

Vasallos, estandartes,
escuadras, cánticos, rocíos,
le pertenecen.

Todo se le rinde,
menos el amor de la mujer
que, en ese instante,
a los heraldos sonrío, desdeñosa.

El Rey percibe entonces su miserable esplendor,
y comprende que sólo es un Mendigo Resplandeciente.

De Los adioses.

El rey

No eres nada,
vives oscuro,
en una ciudad perdida.
Pero, de pronto, un día,
al despertar, eres Rey.

Arden musicales
remotos países
avasallados por tu valentía.
Poderoso monarca:
todo lo que tocas es resplandor,
y en tu honor cambian los arcos iris de plumaje.

Y cuando Ella sonrío,
brota agua
en la remota infancia
adonde se asoma,
tu pequeña vida ansiosa,
rapaz distante de todo.

Mas viene el Viento
y lo derriba todo:
cristal roto es tu monarquía;
vives en una ciudad malvada;
el tiempo sólo significa
que tus zapatos ya no resisten otro invierno.

Eras Rey
pero ya no te sonrío esa Mujer.

De "Los adioses" 1960

Elegía de los desconocidos

Ya no nos conocemos, ya no nos entendemos,
¿qué pasa?

Nuestro amor como los árboles daba pájaros.
¿Qué está pasando?

El viento del mar desesperado
agita pañuelos de musgo en las esquinas.

Me voy.
Pañuelo de llorar: mejor me voy.

Al atardecer los pájaros también se van,
viajan a las torres buscando picos tiernos.

A los reptiles, yo.
Al fondo del agua a vivir ardiendo.

Porque para esta sed el agua está vacía,
vacía está el agua para mi corazón sediento.

Epístola de los poetas que vendrán

Tal vez mañana los poetas pregunten
por qué no celebramos la gracia de las muchachas;
tal vez mañana los poetas pregunten
por qué nuestros poemas
eran largas avenidas
por donde venía la ardiente cólera.

Yo respondo:
por todas partes oíamos el llanto,
por todas partes nos sitiaba un muro de olas negras.
¿Iba a ser la Poesía
una solitaria columna de rocío?
Tenía que ser un relámpago perpetuo.

Mientras alguien padezca,
la rosa no podrá ser bella;
mientras alguien mire el pan con envidia,
el trigo no podrá dormir;
mientras llueva sobre el pecho de los mendigos,
mi corazón no sonreirá.

Matad la tristeza, poetas.
Matemos a la tristeza con un palo.
No digáis el romance de los lirios.
Hay cosas más altas
que llorar amores perdidos:
el rumor de un pueblo que despierta
¡es más bello que el rocío!
El metal resplandeciente de su cólera
¡es más bello que la espuma!
Un Hombre Libre
¡es más puro que el diamante!

El poeta libertará el fuego

de su cárcel de ceniza.
El poeta encenderá la hoguera
donde se queme este mundo sombrío.

De Las imprecaciones, 1955

La casa vacía

Voy a la casa donde no viviremos
a mirar los muros que no se levantarán.

Paseo las estancias
y abro las ventanas
para que entre el Tiempo de Ayer envejecido.

¡Si vieras!
Entre las buganvillas
cansadamente juegan
los hijos que jamás tendremos.

Yo los miro. Ellos me miran.
Mi corazón humea.
Éste es el sitio
donde mi corazón humea.

Y a esta hora,
en el balcón, callada,
yo sé que tú también te mueres
y piensas en mí hasta ensangrentarte,
Yo también pienso en ti.

Óyeme donde estés:
por esta herida no sale sólo sangre:
me salgo yo.

De "Los adioses" 1960

La sombra

Como el centinela
que en la agreste torre
lucha por no rendir los ojos al invencible sueño,
yo resisto al olvido.

Pero te me vuelves pequeña;
la lluvia moja
las calles de 1943;
la lluvia rompe
el cristal en que te guarda
mi juventud.

¡Miseria de los amantes
que locamente sueñan
eterna la eternidad!
El Día es de espuma,
niebla es la carne,
humo el ayer.

El país luciente
de nuestra juventud hermosa,
el tiempo asoló con sus ejércitos potentes.
Marcial acampó la herrumbre
donde ardió la rosa.

En la memoria sólo una calle queda
por donde caminas lentamente.
Ya casi no te miro,
y el moribundo sol, atardecido,
te torna cada día más pequeña.

Pero pasan los años,
y a medida que te vuelves más pequeña,
arrojas una sombra más larga.

De "Los adioses" 1960

Los poetas

Ustedes, poetas,
¿qué creían?
Cantaban
bellísimas canciones;
en vuestra tarde hermosa
sólo sonaba
el murmullo amarillo de la fuente;
los poetas tejían
enredaderas de espuma
alrededor de las muchachas;
los poetas decían:
*las aguas son transparentes
como si debajo agitaran candelabros encendidos.*
Aquí algo humeaba;
no era nada,
era gente desconocida;
el humo salía de los ojos del mundo,
quemaba cisnes, mataba flores,
y ustedes, poetas, cantaban.

¡Era difícil interrumpir la melodía!
Cómo iban los poetas a decir:
«No hay papas»,
«Está sucia mi camisa»,
«La niña llora por su pan descalabrado»,
«No tengo para el alquiler»,
«No puedo, vuelva a fin de mes».

Ay, poetas,
ahora el beso
en los labios se nos pudre;
muertos estamos
de comer barbudas aves.

En verdad, os digo:
antes de que cante el gallo,
lloraréis mil veces.

De: "Las imprecaciones", 1955

Música lenta

Para que tú entres,
a veces de tristeza, el corazón se me abre.

Como una puerta tímida,
para que tú entres, el corazón se me abre.

Pero tú no vienes,
no vuelas más sobre los campos.

En vano mi corazón se asoma.
Pasas de largo,
como si el viento
soplase sólo para allá.

Pasa la mañana y no viene la tarde.
Y el corazón se me cierra,
como una mano sin nadie, el corazón se me cierra.

Del poemario Los Adioses, 1960

Palabras a Nicolás Centenario

En el principio el hombre abandonaba a sus muertos.
Hace cincuenta mil años comenzó a cavar tumbas.
En la piel de las cavernas cinceló sus miedos bellísimos.
Inventó el alma.
Por esos estoy aquí
Aventando palabras contra el cielo indiferente.
En el parque, tu hija juega.
Escritor y poeta
La vida pasa tan rápido
que una de estas tardes regresará hermosísima mujer.
Nicolás, deberíamos tratar de decir la verdad.
Porque en estos tiempos
adolescentes áureos combatían en el horror de América.
¡Más que la metralla los diezmaban los sueños!
Hermosos nacían a la muerte.
Nosotros tatuábamos poemas olvidables
en cuerpos olvidables de mujeres olvidadas.
En chinganas de mala muerte
cauterizábamos nuestro fracaso
bebiendo aguardiente que no era Agua Ardiente.
El Che llevaba en su mochila versos de León Felipe
y Javier Heraud también versos en su chaqueta.
El impiadoso río Madre de Dios
arrastró su juventud acribillada.
¡Pero la vida fluye más rápido que el río Madre de Dios!
¡Imposible erigir otro mundo
sin desembar (sic) en las islas vistas en sueños!
¡Una revolución que sólo es una revolución no es una
 revolución!
Hay que derribarlo todo.
No permite que retoñe de nuevo esta realidad.
Impedir que vuelvan a existir esta vida, esta agua,
esta patria, esta luz, este amor, este futuro, este sol!
¿Quién podría absolvernos?

Un ígneo poema nos rescataría.
Pero no pronunciamos la Palabra.
En el parque tu hija juega.
Regresará hermosísima vida.
¿Y qué?
La vida vale la pena.
Estoy alegre, estoy árbol, estoy relámpago, estoy luz.
El hombre que está más cerca de su muerte que de su
 nacimiento
necesita urgentemente ser feliz.
Hace cincuenta mil años comencé a grabar este poema.
Por eso aviento estas palabras contra el cielo indiferente.

*En: Epístola a los poetas que vendrán y otros poemas,
 Mostrario de poesía, 21.
 Santo Domingo, República Dominicana, 2008*

Patria pobre

Yo conocí en mi patria sólo rostros vacíos,
hombres de mirada prematuramente cana,
balnearios de hueso
donde antes de tiempo veraneaba la muerte.
Yo sólo recuerdo ojos en la niebla

Así era mi padre:
un hombre que miraba la lejanía
como si él mismo estuviera por venir;
así son los que en mí caminan cuando duermo,
así son los hombres, las cárceles, los pueblos.

Yo no conocía el rostro de mi patria.
Tuvo que caérseme el corazón a un pozo;
tuve que verla con su cartel de ciego en los suburbios,
tuve que oírla llorar de miedo en las prisiones,
para comprender que la patria
era quien me dolía bajo tanto dolor.

Porque no es cierto que en mi patria
crezca una flor de espuma inmóvil,
no es cierto que el crepúsculo
coma en la mano azul de las muchachas.

Yo sólo vi pueblos ojerosos,
sementeras de gritos,
gemidos tan grandes
que ni por las calles más largas podían pasar.

Yo no tengo tardes fulgurantes
ni muchachas risueñas de amor.
Yo apenas recuerdo un país tan pobre,
que ni en el ocaso da sombra.

De Las imprecaciones.

Serenata

Íbamos a vivir toda la vida juntos.
Íbamos a morir toda la muerte juntos.
Adiós.

No sé si sabes lo que quiere decir adiós.
Adiós quiere decir ya no mirarse nunca,
vivir entre otras gentes,
reírse de otras cosas,
morirse de otras penas.
Adiós es separarse, ¿entiendes?, separarse,
olvidando, como traje inútil, la juventud.

!Íbamos a hacer tantas cosas juntos!
Ahora tenemos otras citas.
Estrellas diferentes nos alumbran en noches diferentes.
La lluvia que te moja me deja seco a mí.
Está bien: adiós.
Contra el viento el poeta nada puede.

A la hora en que parten los adioses,
el poeta sólo puede pedirle a las golondrinas
que vuelen sin cesar sobre tu sueño.

De "Los adioses" 1960

Soy el desterrado

América,
a mí también debes oírme.
Yo soy el estudiante
que tiene un solo traje y muchas penas.
Yo soy el desterrado
que no encuentra la puerta en las pensiones.
Te digo que en las calles
y en las azoteas y en las cocinas,
y al fin de cada día y en mi pecho,
algo está muriendo.

Escúchame:
Yo soy el desterrado,
yo vagué por las calles
hasta que los perros
lamieron mi amor desesperados.
¡Acuérdate de mí!
Hay días que no tengo ganas
de ponerme los ojos,
días en que hasta los pájaros
se pudren a la mitad del vuelo.

¡Amor, amor,
tú no has dormido
en cuartos inmundos;
tú no sabes lo que es vivir
con una mujer que zurce su ropa llorando!
Ay, durante siglos los poetas callaron
y en el silencio sólo se escuchaba
un susurro de abejas que sonaba,
hasta que ya no pudimos más,
y el dolor empezó a mancharlo todo:
la mañana,
el amor,

el papel donde cantábamos.
Un día el dolor
empezó a gotear desde abajo,
daban los muros gritos desgarradores,
una mano amarguísima volcó mi pecho.
Ahora vengo a ti gimiendo,
aquí está mi voz encarcelada
debajo de esta frente, derrumbado.

De "Las imprecaciones" 1955

Una canción para mi abuelo

Abuelo:

Tú nunca fuiste feliz.
Temías que el viento
desbaratase tu corazón de ceniza.
Te recuerdo una tarde negra,
diciéndome con voz blanca:
ojalá no seas,
como yo, un hombre triste.

Abuelo:

la vida te parecía
un pozo de malos sueños.
Cuando pensabas en la abuela
te quemaba una hoguera sin luz.

Y Juan el herrero,
y Pedro el sembrador,
(pájaros huesos
con quienes conversa tu lengua de hierba),
también creían
que la vida es un sueño confuso.
¡Qué lástima abuelo,
que no supieras que la vida tiene otro color!
¿Me oyes, me escuchas? La tristeza va a morir.

Ahora, cuando la alondra
surca el cielo,
algo rosado empapa el alma,
porque el ave
viene del color que tendrá la vida
cuando los humillados alcen la cabeza
y partan la dicha
en pedacitos que alcancen para todos;
¿Me oyes, me escuchas?,
ardiendo

está el mundo donde te ahogabas.

Perdona, pues, si te dejo,
pero me llaman, necesitan
mi mano para formar una ronda alrededor del mundo.
Más luego volveré.
Cuando la Libertad abra sus alas
sobre mi país desesperado,
volveré.

Volveré con todos los nietos del mundo
en primavera, y abuela
y María y Paloma, todos los días vendremos
a regar la parcela de alba que nos toque.

De: "Las imprecaciones"

Ustedes tienen las tardes

Ustedes tienen las tardes,
siembran los hijos,
maduran los sueños,
cosechan los besos;
ustedes tienen las tardes,
pero no tienen patria.

Cuando un pueblo cae,
y los hombres callan,
y el Viento pregunta
y nadie responde,
y los hombres se enfangan
(amarran a la vergüenza),
y nadie se muerde el corazón llorando,
la patria se aleja,
se va con los humildes a comer destierros,
se pone terribles ropas pobres.

Porque ésta no es mi patria,
éstos no son sus ojos,
cambiaron su cara mientras dormía.
El pobre, el oscuro, el desterrado,
el que sobra siempre en la mesa,
son el Perú, oídme,
escuchadme clamar,
bajad a ver qué larga herida.
Yo soy la voz de los que nunca se quejaron,
el toro que hace siglos embiste en nuestra sangre.

Vengo a conmovier las piedras más roncadas,
¿alguien tiene que emocionarse con mi voz!
¡Santos, traidores, asesinos,
llorad sobre mi hombro!
¡Todos caben en el canto!

Yo os digo:

la patria no come pan malvado.
Mientras no me soltéis,
no entrará en vuestra casa.

De "Las imprecaciones". 1955

***Voy a las batallas. Sed felices
para que yo no muera***

América,
aquí te dejo.
Me voy a las batallas.
Luchar es más hermoso que cantar.
Yo te digo,
a pesar del dolor,
a pesar de las patrias derrumbadas,
ama a los gorriones.
Yo sé que es difícil
hallar entre las tumbas un lugar para la risa.
Yo mismo, a veces, caigo,
y el viento
levanta mi cara como una alfombra rota,
pero aun en las celdas,
bajo la lluvia,
yo no perdí la fe.

Amigos,
aunque os golpeen,
jamás perdáis la fe;
aunque vengan días sucios,
jamás perdáis la fe,
aunque yo mismo os ruegue de rodillas,
no me creáis,
amad la vida,
¡guardad rocío
para que las flores
no padezcan las noches canallas que vendrán!

Sed felices, os ruego,
salid de los cuartos sombríos,
sed felices para que yo no muera.
Yo no escribí estos cantos
para dar espuma a las muchachas.
Yo canté porque los dolores

ya no cabían en mi boca:
yo siempre estuve aquí
peleando con mastines de pavorosa nieve;
conozco todas las caras,
he visto a los deudores tratando
de meterse en sus zapatos cada amanecer.
¿Dónde no estuve?
¿En qué pantano no bebí?
¿a qué pozo no rodé?

Ay, a mi alma caían las cáscaras
que amargas cocineras pelaban.
Amigos: en mi corazón jamás reinó silencio,
yo oí todas las voces,
escuché a las sábanas quejarse,
supe cuándo las criadas escribían cartas de tristeza,
y cuándo no llegó a tiempo el único pie del cojo,
y canté, América, los dolores,
y recliné en ti mi cabeza.

Más ahora digo:
degollad la tristeza,
cantad frente al mar.
Dadme la mano, amigos.
Amo la tierra flaca
que me siguió cojeando a los destierros.
No quise confesarlo antes.
Era difícil,
me ahogaba el esqueleto,
el aire me dolía,
la voz me llagaba
pero ahora te amo.
no soy herrero,
ni jinete, ni sembrador.
Yo sólo sé cantar, pero te amo;
¡también la aurora se construye con canciones!

Amigos,
os encargo reír!

Amad a las muchachas,
cuidad a los jazmines,
preservad al gorrión.
No me busquen amargos en la noche:
yo espero cantando la mañana.

Un gran viento se levanta.
Hay demasiado dolor.
Un gran viento se levanta.
He visto arder extraños ríos.
Un gran viento se levanta,
preparad la hoguera,
preparaos.

Aquí dejo mi poesía
para que los desdichados se laven la cara.
Buscadme cuando amanezca.
Entre la hierba estoy cantando.

De: *Epístola a los poetas que vendrán y otros poemas*.
Muestrario de poesía 21 Santo Domingo,
República Dominicana, 2008.

Bibliografía

Obras

Las Imprecaciones (1955)

Los adioses (1959)

Desengaños del mago (1961)

Réquiem para un gentil hombre (1962)

Poesía amorosa (1963)

El vals de los reptiles (1970)

Poesía completa (1970)

La danza inmóvil (1983)

Obra poética (1900)

Obra poética, (vol. 1 de las Obras completas, México, Siglo XXI)

Para leer más:

[Manuel Scorza: Obra poética Vol. 1 de Obras completas.](#)

[Manuel Scorza en Wikipedia](#)

[Manuel Scorza en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

[Manuel Scorza: Apuntes para una biografía](#)

Índice

3	Reseña biográfica
5	Alta eres, América
7	América, no puedo escribir tu nombre sin morirme
9	Amigos
10	Años de los castigos
11	Canto a los mineros de Bolivia
14	El desterrado
15	El mendigo
16	El rey
17	Elegía de los desconocidos
18	Epístola de los poetas que vendrán
20	La casa vacía
21	La sombra
22	Los poetas
24	Música lenta
25	Palabras a Nicolás Centenario
27	Patria pobre
28	Serenata
29	Soy el desterrado
31	Una canción para mi abuelo
33	Ustedes tienen las tardes
35	Voy a las batallas. Sed felices
38	Bibliografía



Colección de Poesía Social

“Entre los poetas míos...”

- | | | | |
|-----|-------------------------|-----|------------------------|
| 1: | Ángela Figuera Aymerich | 22: | Nicolás Guillén |
| 2: | León Felipe | 23: | Jesús López Pacheco |
| 3: | Pablo Neruda | 24: | Hans Magnus Enzensberg |
| 4: | Bertolt Brecht | 25: | Denise Levertov |
| 5: | Gloria Fuertes | 26: | Salustiano Martín |
| 6: | Blas de Otero | 27: | César Vallejo |
| 7: | Mario Benedetti | 28: | Óscar Alfaro |
| 8: | Erich Fried | 29: | Abdellatif Laabi |
| 9: | Gabriel Celaya | 30: | Elena Cabrejas |
| 10: | Adrienne Rich | 31: | Enrique Falcón |
| 11: | Miguel Hernández | 32: | Raúl González Tuñón |
| 12: | Roque Dalton | 33: | Heberto Padilla |
| 13: | Allen Ginsberg | 34: | Wole Soyinka |
| 14: | Antonio Orihuela | 35: | Fadwa Tuqan |
| 15: | Isabel Pérez Montalbán | 36: | Juan Gelman |
| 16: | Jorge Riechmann | 37: | Manuel Scorza |
| 17: | Ernesto Cardenal | 38: | David Eloy Rodríguez |
| 18: | Eduardo Galeano | 39: | Lawrence Ferlinghetti |
| 19: | Marcos Ana | 40: | Francisca Aguirre |
| 20: | Nazim Hikmet | 41: | Fayad Jamís |
| 21: | Rafael Alberti | | |

Continuará

Cuaderno n°. 37 de Poesía Social

"Entre los poetas míos"

Manuel Scorza

Biblioteca

OMEGALFA

Julio

2013

ωα

•